

de la esperanza, invencibles al hielo, al calor, á las tempestades, el viejo Matzko se alegraba en el fondo de su corazón y predecía como cierta la victoria.

V

La guerra había estallado, y los primeros encuentros no fueron favorables á los polacos.

Los templarios tomaron varios castillos y los tcheques y húngaros se interpusieron, á consecuencia de lo cual, hubo un armisticio tratando el Rey de Bohemia de favorecer á los cruzados. Al terminar la tregua de nuevo se encendió la guerra. Al principiar el verano llegaron los soldados de Vitoldo que venían guiados por el príncipe. Los alemanes eran cien mil.

El Rey quería atravesar el Drevenetz y marchar contra Malborg, pero no pudiendo vadearlo, después de destruir el castillo de la Orden que junto al río se levantaba, sentó sus reales en las márgenes de la corriente.

Se imaginaba, y en esto no discrepaba su parecer de sus consejeros lithuanos y polacos, que muy pronto se libraría una batalla decisiva pero no creía que la lucha empezara tan pronto. Decíase que el gran Maestre, contento con ha-

ber cerrado el paso al Rey, quería conceder reposo á las tropas para hacer más fácil la final victoria.

Los soldados del Rey pernoctaron en Dombrov y aun cuando la toma del castillo no era de gran importancia estratégica, tanto el Rey como Vitoldo, se mostraron satisfechos de poseerlo, porque cogieron prisionera la guarnición y hallaron agua en gran cantidad.

Durante la noche del catorce al quince de Junio llovió abundantemente; el viento causaba estragos; el rayo surcaba el espacio; el trueno resonaba de un modo espantoso. A media noche el tiempo mejoró y fué posible encender fogatas; el inmenso campamento polaco-lithuano enrojecióse y mientras secaban sus vestidos, los soldados entonaban cantos guerreros.

El Rey celebró consejo con sus capitanes. Trató en él de la presa de Childenburg y como en el asalto tomó parte el cuerpo de ejército de Serads, el Rey llamó al comandante y á Jakub de Konetzipol á fin de que explicaran como se atrevió á tomar la ciudad á pesar de las órdenes del Rey.

Jakub, temeroso de recibir un castigo, se rodeó de varios caballeros valerosos entre los que estaban Matzko y Zbishko, á fin de que testificaran que la orden del Rey se había recibido cuando estaba ya casi tomado el castillo. Añadió el jefe que en su calidad de comandante de las avanzadas creyó deber suyo destruir todos los obstáculos que encontrara en su camino.

Aquellas palabras gustaron al Rey y á Vitoldo y en vez de sufrir una reprimenda fué alabado el valeroso capitán.

En aquella circunstancia Zbishko y Matzko pudieron ver á los guerreros más célebres, porque además del Rey y de los príncipes de Masovia, Vitoldo capitaneaba á los Lithuanos, á los Rusos, Valacos y Tártaros.

Estaban también entre los grandes capitanes, los consejeros cuya fama se extendía más allá de los límites de

Polonia: Zavisca el Negro, Skarbok Abdanka, Dobko de Vlesnitz, Pasko Zlodsey, Povala de Tacev y otros.

Matzko y Zbishko saludaron complacidos á cuantos conocían y especialmente á Povala con quién hablaron de las antiguas aventuras.

—Sí,—decía éste á Zbishko;—tienes viejas cuentas que saldar con los cruzados y espero que sabrás vengar todas las injurias.

—Ciertamente.

—Kuno de Kichtenstein es comendador de la Orden,—dijo Pashko Zlodsey de Biskupitz.

—Lo sé, y también lo sabe mi tío.

—Si Dios me hubiera permitido encontrarlo,—interrumpió Matzko,—hubiese podido pagar una pequeña deuda que tengo con él.

—También nosotros,—observó Povala,—le hemos desafiado, pero nos contestó que su grado no le permitía batirse en duelo. Ahora...

—Dios decidirá en que manos ha de caer,—contestó con gravedad Zavisca.

Zbishko contó entonces el viaje de su tío y preguntó á Zavisca si creía que Matzko hubiese cumplido su voto desafiando y matando á otro Lichtenstein. Todos los presentes dijeron que sí; Matzko murmuró:

—De todos modos estaría más tranquilo si hubiera matado al mismo Kuno.

Entonces hablaron de la presa de Ghilghenburg y de la batalla que preveían; los caballeros hacían cálculos y previsiones, de repente se acercó á ellos un hombre con traje negro y con un birrete negro también en la cabeza. Tendió á Zbishko los brazos y dijo con voz atiplada:

—¡Bien venido seas Zbishko de Bogdanetz!

—¡De-Lorsh!—exclamó Zbishko.—¿También tu te bates?

Se abrazaron.

—Sirvo á mi dueño el príncipe Janush.

—¿Me han dicho que eres el dueño de Dlugoliass?

—Sí; matáronle á su hijo en Babrovniki. Dlugoliass pasó á poder de su hija con quien yo casé hace cinco años.

—¡Bendito sea Dios! ¡dinos, dinos!

De Lorsh saludando al viejo Matzko se limitó á decir:

—Vuestro antiguo escudero, Glava, me dijo que os hallaría aquí, y ahora os espero en mi tienda donde tengo preparada la cena. Mi tienda está en el extremo opuesto del campamento, pero á caballo llegaremos pronto y volviéndose á Povala añadió:

—También á vos os espero caballero, y me honraré con vuestra presencia y compañía.

Povala le contestó:

—Acepto con mucho gusto vuestro convite, pues siempre es grato reanudar antiguas amistades.

El siervo de De-Lorsh trajo las capas. Al acercarse á Zbishko le besó la mano y le dijo:

—Honor á vos, noble señor, soy vuestro antiguo siervo pero no me podréis reconocer á causa de la obscuridad. ¿Os acordáis de Zanderus?

—¿Cómo, eres tú?—preguntó con asombro Zbishko, que de improviso se sintió retraído á otros tiempos.—¿Y qué haces aquí?

—El año pasado estuve de sacristán en la iglesia de Dlugoliass; pero como mi padre era militar, al estallar la guerra el sonido de las campanas se me hizo odioso, y despertó en mí la pasión de los combates.

—¡Hum!...

Zbishko no sabía persuadirse de volver á ver á Zanderus empuñando el hacha y la espada.

El siervo continuó:

—Hace un año que por orden del obispo de Plotzk fui á tierras alemanas y os explicaré otro día lo que allí me aconteció.

Zbishko subió á caballo y cabalgó al lado de De-Lorsh.

—Estoy muy contento de estar contigo—dijo el señor

de Bogdanetz;—lástima que antes sirvieras con los cruzados...

—Únicamente sirven los que reciben paga,—observó De-Lorsh.—Estuve con los cruzados porque quería merecer las espuelas de caballero. Después he visto de qué parte está la razón, me he casado y ahora no puedo combatir sino con vosotros. Hasta me he acostumbrado á hablar vuestra lengua y he olvidado la mía.

—¿Y tu tierra de Gheldern? Me han dicho que eres pariente del príncipe de Gheldern, y que poseías muchos castillos y pueblos.

—Cedí todos mis derechos á un pariente mío, que en cambio me dió mucho dinero con el que he comprado muchas propiedades en Masovia.

—¿Y cómo fué que te casastes?

—¡Oh!—exclamó De-Lorsh.—Las mujeres son el mismísimo demonio. Figúrate que cuando la cortejaba se burlaba de mí, pero en cuanto la dije que me iba al Asia á guerrear con los moros y no me vería más, exclamó: «Yo me haré monja!» Entonces me eché á sus pies, y á las dos semanas estábamos unidos para siempre.

—¿Tienes hijos?

—Al acabar la guerra, Jaghenka, que tal es el nombre de mi mujer, irá á visitar la tumba de la Reina Edvigia para pedirle fecundidad,—contestó De-Lorsh lanzando un suspiro.

—Bien, dicen que la santa protege siempre á quien ruega por ella. Espero que pronto libraremos un combate decisivo y después haremos la paz.

—Sí.

—Temo que los cruzados te crean un traidor.

—No lo soy; por medio de Zanderus envié un mensaje al obispo de Plotzk en el cual le explicaba, lo mismo que al príncipe Ulrico, los motivos que me indujeron á combatir en vuestras filas.

—¿Zanderus!—exclamó Zbishko riendo;—me ha dicho

que se aburría de oír el sonido de las campanas, lo cual me hace gracia dada su cobardía.

Hubo un momento de pausa. De-Lorsh dijo después:

—Os he invitado para cenar pero me parece que vamos á llegar á la hora del almuerzo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fado 1625 MONTERREY, MEXICO

Alcanzaron á Matzko y á Povala que iban delante y cuando estuvieron reunidos espolearon á los caballos con dirección al sitio donde ondeaba al viento el estandarte de Masovia.

—Desde que el mundo es mundo,—exclamó Matzko,—no se ha visto un ejército como el que aquí está reunido, parece que se han juntado todos los pueblos de Europa para combatir contra los Templarios.

—Ningún otro rey podría reunir tantos soldados, porque no hay uno solo que gobierne un estado tan poderoso.

Matzko preguntó á Povala:

—¿Cuántas banderas siguen á Vitoldo?

—Cuarenta. El gran Maestre de los cruzados dijo un día que vuestras gentes no saben manejar las armas y si únicamente las cucharas; espero que se ha equivocado el buen Maestre, y que las cucharas lituanas servirán para comer la roja sopa de la Orden.

—¿Quiénes son estos que ahora veo?—preguntó De-Lorsh.

—Son los tártaros guiados por Saladino.

—¿Se baten bien?

—Los lituanos les han vencido y ahora les obligan á ser sus auxiliares; los caballeros de Occidente les temen

porque son más sanguinarios en la fuga que en el ataque.

—Veámosles más de cerca, - murmuró De-Lorsh.

Los caballeros se acercaron á las tiendas junto á las cuales ardían varias hogueras.

Los guerreros tenían desnudos los brazos y cubierto el cuerpo con pieles por más que apretaba el calor. Casi todos dormían sobre el duro suelo; otros cantaban acompañados por el ruido de unos huesos de caballo.

Los que no dormían ni cantaban se entretenían en comer piltrafas sanguinolentas, lo cual daba á la escena un carácter de ferocidad y barbarie. Un poco más lejos pacían los caballos, los cuales cuando no halaban yerba se mordían unos á otros costando no poco separarlos.

Cerca de los Tártaros estaban los de Besarabia que llevaban cuernos en la cabeza; Valacos de largo pelo y con corazas de madera que ostentaban pinturas representando diablos, esqueletos y fieras. Seguían los Servios cuyo campamento estaba poco separado, y por fin los soldados de Semud, que á pesar del yugo alemán, no dejaron de acudir al llamamiento de Vitoldo.

El nombre de Zkirvoillo infundía terror á los alemanes.

Cuando los ginetes llegaron cerca del campamento lituano, vieron dos cadáveres que se balanceaban en dos horcas; el viento les balanceaba con tal violencia que los palos crugían con rumor siniestro. Los caballeros se persignaron y alejándose escucharon las palabras que decía Povala:

—El príncipe Vitoldo estaba junto al Rey y yo, cerca de ellos cuando fueron llevados á su presencia estos dos desdichados acusados de insultar cosas sagradas... El príncipe estaba irritadísimo y esos infelices debieron preparar por sus propias manos las horcas de que ahora penden sus cuerpos.

Embebidos estaban en estos coloquios cuando entraron

en el espacio ocupado por los polacos y por tres regimientos rusos, de los cuales el más numeroso era el de Smolensk; en el campamento estaban los mejores hombres de armas, que eran al mismo tiempo los más disciplinados.

Cerca de ellos veíase á los habitantes de la Grande y Pequeña Polonia, que por su fuerza y resistencia al frío y al hambre, dejan muy atrás á los caballeros de Occidente. Sus trages eran sencillos, las corazas de labor grosera, el desprecio que sienten por la muerte grandísimo.

De-Lorsh que conocía perfectamente á la gente polaca, dijo:

—Estos son los más fuertes; de ellos dependerá probablemente la victoria.

—¡Cuánta sangre correrá!—murmuró Matzko.

—El caballero de Kogbug,—observó Povala,—que llevó la carta del Cran Maestro al Rey dijo que los cruzados aseguran que ni el emperador de Oriente, ni ningún otro soberano podrán nunca reunir un ejército parecido al suyo capaz de derribar todos los tronos, de vencer á todos los ejércitos.

—Somos muy numerosos—replicó Zbishko.

—Sí; pero los cruzados no creen que las hordas armadas de Vitoldo puedan hacerles frente, pues imaginan que se dispersarán al primer choque. Si tienen ó no razón, no me incumbe saberlo.

—Sí, y no,—contestó Matzko;—conozco perfectamente á esos soldados, y si bien es verdad que tienen malas armas y que sus caballos son muy pequeños, en cambio poseen corazones de león.

—Los veremos batirse dentro de poco,—observó Povala.

—El Rey, que siente hacer derramar sangre cristiana, procurará obtener la paz; pero los cruzados no querrán oír sus proposiciones.

—Es verdad; he tratado con los guerreros de Cristo; to-

dos les conocemos,—añadió Matzko,—y á nadie asombra su conducta.

Los caballeros estaban ya cerca del estandarte de Masovia, junto al cual se levantaba la tienda de De-Lorsh. De súbito, una voz que partía de un grupo de gentes que miraba al cielo, gritó:

—¡Deteneos! ¡Deteneos!

—¿Quién habla?—preguntó Povala.

—El Preboste de Klebutzk; ¿quién sois vosotros?

—Povala de Tacev, los caballeros de Bogdanetz y el señor de De-Lorsh.

—¡Ah!... Mirad la luna.

Los caballeros alzaron la cabeza; el astro de plata se ponía.

—No veo nada de particular,—murmuró Povala; ¿y vosotros?

—Un monje con capucha combate contra un Rey, ¡mirad! ¡En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!... ¡Qué lucha tan formidable! ¡Dios Santo, ten piedad de mí!

Alrededor del sacerdote el silencio era profundo; después de una pausa, dijo:

—¡Mirad, mirad!

—¡Sí, se ve algo!

—Sí, sí,—murmuraron los caballeros.

—¡Ah! el Rey ha vencido al monje,—exclamó el sacerdote;—apoya el pie en su cabeza; ¡bendito sea el nombre del Señor!

—Amén.

Una nube oscura veló en aquel instante la luna y la obscuridad fué completa. Los ginetes continuaron su camino. Povala preguntó:

—¿Habéis visto algo?

—Al principio, no,—respondió Matzko;—pero después he visto á un monje y á un Rey.

—¡Yo también!

—¡Yo también!—dijo Zbishko.

—Es un aviso del cielo,—observó Povala.—A pesar del deseo del Rey no se firmará la paz.

—Y la batalla será tan tremenda que sobrepujará á cuantas se han librado en el mundo,—afirmó Matzko.

Una ráfaga de viento huracanado esparció los tizones de las hogueras; en el aire se entrechocaban chispas y cenizas.

—¡Cómo sopla!—exclamó Zbishko embozándose en la capa.

—Parecen gemidos humanos,—agregó Matzko.

—El alba está cercana; pero nadie sabe lo que ocurrirá durante el día que nace,—concluyó el caballero de De-Lorsh.

VI

Por la mañana la tempestad en vez de amainar arreció. Tan fuerte era el viento que no permitía levantar la tienda en la cual el Rey desde el principio de la guerra oía misa tres veces al día.

Vitoldo fué hacia él y le rogó que no se cuidara de misas y que no detuviera el movimiento del ejército.

Accedió el Rey; porque tampoco era posible obrar de otro modo.

Las tropas se movieron como una inmensa falange, á las que seguía una larga hilera de carros.

Una hora más tarde el viento se calmó y fué posible desplegar las banderas.

Entonces el ejército, hasta donde alcanzaba la vista, aparecía cobijado bajo una nube multicolor y movediza.

La bandera roja con el águila blanca y la corona era la de Cracovia. Era la que debía guiar al combate á todos los ejércitos. La sostenía en sus manos Mastzin de Vrotzimoritz, un caballero valerosísimo y célebre en todo el mundo.

Seguían la roja bandera los soldados de la corte con la

cruz doble de Lituania. Bajo el estandarte de San Jorge se agrupaban los voluntarios, que eran en su mayor parte griegos y moravos.

Estos eran un pueblo fuerte, salvaje, orgulloso, ardientísimo en la lucha, y ante cuyo empuje retrocedían casi siempre los enemigos.

Combatían únicamente los moravos por el que les pagaba, siendo su sólo oficio el de la guerra, la rapiña, la lucha.

Junto á los tcheques y moravos iban dieciseis regimientos polacos, uno de Becemise, otro de Lvov, otro de Galiticia, tres de Podolia; en el centro marchaba la infantería armada de asconas y hoces.

Los príncipes de Moravia, Zemovit y Janush mandaban los regimientos 21, 22 y 23. Seguían las banderas de los nobles, entre las que se veían las de Jasko, Tarnov, Entrik, Tenein, Spitko, Lelio, Nicola de Machaelov, Zibighe-no de Bgesia, Kuba de Konetzpol y otras.

Centelleaba más allá la bandera hereditaria de los Grifitov, Bobosky y de muchos otros que, al empezar la lucha, se agrupaban bajo un mismo estandarte.

Se veía como una oleada de gente; un bosque de lomas de distintos colores, de picas, de alabardas; los regimientos desfilaban lentamente envueltos en un nimbo de polvo.

Sabían los soldados que se acercaba el momento de la lucha, pero teniendo la persuasión de que la guerra era santa y necesaria, se sentían animados de un gran valor y de una inmensa esperanza.

Los ejércitos, después de atravesar las campiñas de Logdav y Tannemberg, se detuvieron en la linde de una selva.

El lugar era propio para un alto y muy seguro contra toda sorpresa que se intentase, porque por una parte se extendía el lago Dombrovsk, por la otra el lago Liubic y por el frente había una extensísima llanura.

Si el enemigo hubiera adelantado, se le hubiese advertido.

Por otra parte, los soldados no podían desbandarse; Cindarm de Maskovitz recomendó el descanso, pero conservando el orden.

Se envió exploradores á caballo en dirección á Grinvald y Tannembergh, y en la orilla derecha del lago se levantó un altar de campaña, para que el Rey pudiera, como de costumbre, oír misa.

Jaghellon, Vitoldo, los príncipes de Masovia y muchos otros jefes, se reunieron bajo la tienda.

Alrededor se agruparon los más célebres caballeros para encomendar su alma á Dios y ver al Rey.

Este parecía triste y preocupado.

Los años no le habían envejecido. No tenía ni arrugas ni cabellos blancos.

Comprendía, sin duda, la gran responsabilidad que pesaba sobre él. Entre los guerreros se decía que muchas veces lloraba á consecuencia del dolor que le producía la necesidad de derramar sangre cristiana. La verdad es que Jaghellon temía la guerra, especialmente contra los que ostentaban una cruz en el manto, y que deseaba la paz.

A pesar de todas las seguridades de los nobles de Polonia y de los embajadores húngaros, á pesar de los juramentos del embajador Pedro Kogbogh, que aseguraba que la Orden se mostraba opuesta á la paz; á pesar de todo, el rey alentaba la esperanza de que el enemigo comprendería al fin la injusticia de sus propias exigencias, y podría así ahorrarse el derramamiento de sangre.

El Rey entró en la tienda, transformada en capilla, con intención de rogar á Dios para que dispusiera que se llegase á un acuerdo con el enemigo.

En otros tiempos, cuando Jaghellon era pagano y príncipe de Lituania, entraba siempre á sangre y fuego en las tierras de la Orden; pero ahora, desde que recibiera las

aguas del bautismo, la vista de las campiñas desiertas, de las aldeas destruidas, de los campos talados, de la sangre vertida, producíale indecible dolor.

No eran las picas, las espadas, las hachas, lo que atemorizaba á los polacos, sino las Santas Reliquias que los templarios poseían.

—¿Cómo levantar la mano contra el Gran Maestre?— se preguntaban los más valerosos.—Tiene junto á la coraza las Santas Reliquias...

Vitoldo, por el contrario, deseaba la guerra y azuzaba á sus soldados; pero el corazón noble y generoso del Rey sufría...